

## XIX

## Escenas en la cárcel.

Llámase justicia en todos los países del mundo, el acto de corrección, ó de castigo, que la sociedad, para su conservación, tiene derecho de ejercer en aquellas personas que se separan de las reglas de la moral ó de los preceptos que imponen las leyes: esta justicia es indudable que no puede aplicarse, sino después de que han precedido ciertas formalidades que prueben que una persona, de cualquier sexo que sea, ha merecido la pena que impone la ley. Las faltas, según su gravedad, requieren más ó menos castigo; así es que la justicia, que no es otra cosa que la razón personificada, aplica la ley, condenando al culpable á más ó menos tiempo de prisión, ó á la pena de muerte, que tantos filósofos y amigos de la humanidad han combatido tenazmente. En cada país, la justicia tiene

sus lugares de castigo establecidos bajo diferentes sistemas, según su grado de civilización; pero sería largo detenernos en descripciones materiales. Las prisiones son siempre sitios de horror, de miseria y de penas, y desde *los Plomos de Venecia*<sup>1</sup> y de Spielberg, donde gimió el poeta Silvio Pellico, hasta las mazmorras de la inquisición, donde lloró su sabiduría Galileo; y desde la Bastilla de Francia hasta la penitenciaría de los Estados-Unidos, esos lugares serán siempre, para los que entran inocentes y son víctimas de la arbitrariedad de los hombres, mansiones de duelo y de llanto. Según las máximas religiosas, según la moral universal, según la civilización, según el sentimiento innato grabado en el corazón de todos los hombres, el objeto de las leyes y su aplicación no debe ser el agobiar al criminal con tormentos inútiles, ni depravar más su alma, ni hacerlo más obstinado, y por consiguiente remiso en la enmienda, ni separarlo para siempre de la carrera del bien y del honor, sino, por el contrario, procurar por cuantos medios sean dables, su salvación física y moral; y en último caso, cuando en su alma corrompida por los crímenes, no pueda penetrar ni el más ligero rayo de moral, segregarlo enteramente de la sociedad, para que no la contagie y dañe con sus vicios. Pero en una de las partes del mundo en que menos se puede contar con estas reglas, es en México, en donde el inocente comienza por

<sup>1</sup> Llámase vulgarmente *los Plomos de Venecia*, á causa de que las prisiones tenían los techos forrados de plomo, lo cual producía un calor horrible. Ahora parece que todos esos lugares han sufrido mucha reforma.

sufrir inauditas penas desde el punto en que es acusado, y el criminal encuentra siempre mil medios de evadir el castigo. Para no difundirnos en una disertacion que haria dormirse á los lectores, pasaremos á los hechos, refiriendo solo algunos de los padecimientos de la pobre muchacha Celeste, á quien dejamos en uno de los capítulos anteriores, entregada á la refinada envidia de las vecinas y á la acusacion brutal de un alcalde de barrio.

Algunas ocasiones la raza humana es mas feroz que el tigre; mas maligna que los espíritus que cayeron arrojados del cielo por la espada de fuego del arcángel.

Apenas se organizó la fúnebre procesion que conducia á Celeste para la cárcel, cuando vecinas y vecinos se agruparon con una curiosidad inaudita á las ventanas, puertas y corredores de la casa, elogiando la energía del alcalde, y bendiciendo al cielo, pero mezclando sus bendiciones con las palabras groseras de la gente baja, porque las libraba de una prostituta que les daba mal ejemplo, y de una ladrona que podia robarlas á ellas mismas. Gentes que pocos dias antes elogiaban el juicio y la hermosura de Celeste, la vituperaban ahora amargamente, porque la veian entregada á los ultrajes y malos tratamientos de los léperos y corchetes que representaban la justicia. ¿Por qué será tan cruel la naturaleza humana? ¿por qué no recordamos que Dios sufrió tanto por los hombres, y no guardamos un sentimiento de compasion para los desgraciados? ¿por qué ahogamos ese buen instinto que duerme en el fondo de nuestra alma? ¿No merece

nuestra piedad el criminal, en el hecho de ser tan infeliz, que por necesidad ó por ignorancia ha faltado á sus deberes sociales? ¡Ah! el día en que estas máximas, que no salen de nuestra mente, sino que antes han salido de la boca divina del Salvador de los hombres, se graben en el alma de todos aquellos que tienen participacion en el gobierno de la República, la humanidad ganará mucho; habrá casas de asilo para los huérfanos, lugares de beneficencia para los desgraciados, casas de correccion y reforma para los criminales....

Describiremos mas minuciosamente algunas escenas que omitimos al fin del capítulo, y que servirán para dar mas valor al cuadro que nos hemos propuesto bosquejar.

El golpe que sufrió Celeste, viéndose de repente acusada de ladrona, rodeada de esbirros, con el cadáver de su padre, muerto de dolor, y con su infeliz madre moribunda, fué uno de esos acontecimientos inesperados que causan tantos y tales tormentos, que la mente humana no alcanza á comprenderlos, y que la pluma es impotente para describirlos.

Celeste quedó por un momento privada de la razon, como si hubiese experimentado algun ataque de sangre en el cerebro: despues se arrojó sobre el cadáver de su padre; pero este desahogo de lágrimas, que la habria aliviado algo, no duró mucho, pues los detestables é inícuos esbirros intervinieron muy pronto.

—Eh! déjese de lágrimas y de gritos, escandalosa, dijo uno de ellos; mejor fuera que no hubiera robado.

Celeste no oía, ni dejaba de llorar, abrazando á su padre.

—Le digo que se levante, y marche, dijo otro con voz brutal.

Celeste, ocupada en su propio dolor, no obedecía.

—Caramba! dijo el tercero á la muchacha, añadiendo un soez juramento; nos hemos cansado de aguardar, y es menester no dejarse faltar así. Esta brusca arenga fué acompañada de la accion, pues tomó á Celeste por el brazo, y sacudiéndola violentamente la puso en pié: cuando el agente de policía retiró la mano, dejaron sus dedos una huella amoratada en el brazo blanquísimo de la muchacha.

Otro de ellos, para demostrar que tenia tanto celo por la administracion de justicia como su compañero, tomó del brazo á la muchacha, y la desvió violentamente hasta sacarla fuera del umbral de la puerta; allí se agruparon todos al derredor de Celeste, alegando que habia fundamentos para creer que tenia algunos objetos ocultos; le arrancaron violentamente el rebozo que la cubria, y dejaron descubierto el seno virgen y purísimo de la doncella.

Cuando separaron á Celeste del cadáver de su padre, de la manera inícuá que se ha referido, tenia los ojos secos, pues las lágrimas desaparecieron súbitamente; y con una indiferencia y estoicidad terribles, paseó su vista por los rostros deformes de los hombres que la cercaban, en los que un observador imparcial hubiera fácilmente descubierto las señales de la lujuria y de la codicia. Celeste se dejó empujar de

un lado á otro, sin oponer resistencia alguna, y aun sin dar muestras de la impresion del dolor físico que naturalmente debian causarle estos tratamientos; mas cuando uno de ellos le quitó, como hemos dicho, el rebozo que cubria su seno, por un movimiento involuntario de pudor se cubrió, cruzando sus dos brazos sobre el pecho, y exhalando una dolorosa exclamacion.

—Hipócrita! dijeron algunas vecinas.

—Pobre muchacha! murmuraban algunas viejas compasivas.

El alcalde, cuyo fin trágico conoce el lector, autorizaba estos tratamientos, é instigaba á los esbirros á que pronto pusieran en camino al muerto, al herido, á la enferma y á la muchacha; pero quizá por un espíritu de celos, le disgustó que otros mirasen los atractivos de que él habia querido ser dueño, y arrancó bruscamente el rebozo de las manos de un policía, y lo echó sobre las espaldas de Celeste.

Como no queremos omitir ninguno de los pormenores que puedan contribuir á dar á estos cuadros todas las sombras y horror que tienen en la vida real y positiva, describiremos el órden de esta comitiva. En una escalera se colocó el cadáver del viejo insurgente, y á puñadas y cintarazos se obligó á dos de los curiosos espectadores á que lo cargaran: despues iba el herido atado en una silla, envuelto en una frazada sucia, y con parte de los calzoncillos blancos, que estaban visibles, cubiertos de fresca sangre: luego seguia la anciana enferma, colocada en lo que vulgarmente

se llama una parihuela, y cerrando esta procesion, donde estaban representadas la miseria, la enfermedad, el sufrimiento y la muerte, es decir todas las plagas mas terribles que pueden afligir á la humanidad, iban la inocencia y el martirio, representados en la muchacha. Al derredor se agrupaban los hombres y mujeres de la vecindad, y los que de la calle habian acudido al escándalo; y detrás iban multitud de muchachos desnudos, sucios, con grandes y enmarañadas cabezas, que silbaban, hacian grotescas contorsiones, y que con un diabólico instinto se introducian por entre las gentes, para darles un piquete con un alfiler, cortarles una cinta, ó hacer otro daño semejante, y quienes bien podian pasar por los dignos bufones de esta justicia, que con tanta bárbarie se administra en México.<sup>1</sup>

Celeste caminó desde la puerta de su cuarto hasta la de la calle, y llegó á ella justamente en el momento en que se presentaba una patrulla de cuatro soldados y un cabo, que algun vecino oficioso habia ido á buscar, y sea que la vista de los soldados le produjese una fuerte impresion en los nervios, sea que saliese por un momento del estupor en que habia estado, con un movimiento de desesperacion inaudito se desasíó de las manos de los agentes de policia, y se dejó caer en el suelo. Los soldados comenzaron á repartir cañonazos á diestro y siniestro, y dispersando en momentos el grupo de gente, penetraron al centro, y despojando de su autoridad á los de la policia, lo primero de que trataron, fué de que siguiese todo adelante;

<sup>1</sup> Se suelen ver algunas de estas escenas en 1870.

pero como á esto se oponia la resistencia de Celeste, uno de ellos la tomó por la cintura y la levantó: la muchacha, cubriéndose fuertemente el rostro con las manos, se dejó caer de nuevo; el soldado, exasperado, dejó caer la culata de su fusil en el hombro de esta, y un grito de terror se levantó entre los espectadores, mientras Celeste exhalaba un doloroso lamento, y el soldado dejaba caer de nuevo la culata de su fusil sobre la espalda de la jóven.<sup>1</sup>

Un sacerdote que confesaba á un moribundo en la casa de vecindad, y que habia presenciado parte de estas escenas, advertido por una mujer, se abrió paso por entre la multitud y contuvo al soldado, al tiempo mismo en que iba quizá á dar en la cabeza el tercer golpe á Celeste.

—Oh! esto es inicuo! dijo con energía el eclesiástico: ¿quién os da facultad para tratar así á esta desgraciada?

La mirada firme del padre contuvo á los soldados; y así ellos como todos los circunstantes guardaron un respetuoso silencio: muchos, movidos de su piedad, expresada fielmente en su rostro juvenil y modesto, se quitaron el sombrero.

—Esas armas, continuó el eclesiástico exaltado, deben guardarse para los enemigos extranjeros, y no para una pobre criatura indefensa.

<sup>1</sup> Cualquiera que haya visto los crueles tratamientos que públicamente reciben los reos que son conducidos por la policia ó por la tropa, no verá exageracion ninguna en estas líneas.—Esta nota se escribió el año de 1845. El mal no se ha remediado, y los pírnos hacen lo mismo que los antiguos policias, que llamaban *aguillitas*.

—Es una ladrona, que se resiste á ir á la cárcel, dijo en voz alta uno de los policías.

—Silencio!!! interrumpió el padre, poniéndose un dedo en la boca, y mirando fijamente al esbirro con aire de autoridad.

El esbirro se quitó el sombrero y bajó los ojos: el padre se inclinó entonces, y tomando con sus manos tiernamente la cabeza de la muchacha, le dijo:

—Vamos, hija mia, levántate, y obedece; yo te lo ruego, en nombre de Dios, que padeció mas por nosotros: vamos, hija, levántate.

Celeste se puso en pié, movida por aquella voz suave y religiosa, que resonó en lo íntimo de su corazón, y fijó sus grandes ojos en el eclesiástico.

—Sufres mucho, ¿no es verdad, hija mia? Te han maltratado, le dijo este, tomándole afectuosamente la mano.

Celeste no pudo contestar, y echándose en los brazos del padre, ocultó su faz, anegada en llanto, en el pecho del eclesiástico.

Toda aquella gente cambió súbitamente de sentimientos con el ejemplo de caridad del buen clérigo; y ya, lejos de acriminar á la jóven, comenzaron á compadecerla, hasta el punto de que hubo algunos que trajeron una poca de agua en una vasija, y la hicieron beber algunos tragos! El padre levantó la llorosa faz de Celeste, le dijo algunas palabras al oído, y dando su mano á besar á los chicuelos que se la tomaban, desapareció entre la multitud que llenaba la calle. Su intencion era ir al dia siguiente á la cárcel, valerse

de su influjo y de sus relaciones, y lograr la libertad de esta criatura, que le parecia absolutamente inocente: estas fueron las palabras consoladoras que dijo á la muchacha, y las cuales abrieron alguna esperanza en su alma desolada.

La comitiva, en los términos que se ha dicho, siguió su camino por las calles principales y con direccion á la Diputacion, aumentándose cada vez mas con la multitud de gente que no tiene mas ocupacion que vagar al acaso, deteniéndose en las tabernas á presentiar los pleitos, y acompañando hasta las cárceles públicas á los heridos, muertos y agresores. Lo que pasaba en el alma de la muchacha, mientras iba atravesando esas calles tan populosas y llenas de gente de una y otra acera, no puede definirse. Ya cerca de la cárcel, las fuerzas la abandonaron, y solo maquinalmente, y sostenida por dos mujeres caritativas, pudo llegar á la prision: al dia siguiente fué conducida á la Acordada.

La Acordada es un antiguo edificio, construido desde el tiempo del gobierno español, y que ha servido y sirve de prision á los criminales de ambos sexos: su aspecto no es de ninguna manera tétrico; y por el contrario, como está situado en el término de la hermosa calle de Corpus - Christi, tiene cercana la frondosa Alameda y el Paseo de Bucareli, desde donde se descubre una de las vistas mas pintorescas que pueden imaginarse. Por fuera, sus altas paredes están borroncadas al temple, de un color rojo-oscuro, y solo la balconería, con vidrieras viejas y rotas y sin otra

clase de adorno, anuncia algo del abandono é incuria del interior. En un costado hay una puerta con una reja que da entrada á una pieza, en la que hay un banco de piedra donde se colocan los cadáveres sangrientos y deformes de los que son asesinados en las riñas que frecuentemente hay en las tabernas de los barrios. Es una cosa singular el observar en las tardes, cómo las lindas jóvenes que van en sus soberbios carruajes, se tapan los ojos, ó vuelven disimuladamente la vista para no ver aquellos cadáveres desnudos y sangrientos, que con tan poco respeto á la decencia y á la moral, se exponen á la espectacion en uno de los parajes mas públicos de la capital.<sup>1</sup>

La guardia que custodiaba á Celeste hizo alto en la puerta; y á ella, acompañada siempre de los esbirros, se le hizo subir por una escalera oscura y sucia, situada en el costado: una gruesa puerta con un boquete guarnecido con rejas de fierro, se abrió, y con un espantoso rechinado volvió á cerrarse, despues que hubieron pasado las personas únicamente necesarias. Celeste estaba casi sin vida; pero el ruido de aquella lúgubre puerta que se cerró tras ella, el de las cadenas de los presidarios que entraban, la vista de algunas cabezas con erizados cabellos, que divisó incrustadas en los boquetes, como si fuesen visiones del infierno, y el eco bronco de los juramentos, y la confusa voz que escuchaba, hicieron que un calosfrío horrible, como el de la muerte, recorriera su cuerpo; y por un

<sup>1</sup> Ya no existe por fortuna esta costumbre; y las cárceles, aunque no en un perfecto estado, han sido objeto de notables mejoras.

movimiento nervioso iba á oponer la misma resistencia que le valió los golpes de los soldados, cuando recordó aquella voz dulce del eclesiástico, aquel rayo de esperanza que habia arrojado en su alma, y obedeció á sus verdugos, cubriendo su rostro con sus manos y arrojando un profundo y ahogado gemido.

Celeste fué llevada por varios callejones lóbregos, llenos de polvo y de basura, hasta una pieza en la que habia malas sillas, peores mesas y grandes armazones llenos de papeles: allí estuvo expuesta, hasta que llegaron el juez y el escribano, á las miradas lúbricas y curiosas de todos los carceleros, esbirros y corchetes; horda terrible, de cuyas garras, si el reo sale libre, el inocente sale sin honor.

Celeste no pudo contestar una palabra á lo que le preguntaron, porque cuando queria hablar, el llanto y la vergüenza se lo impedian: el escribano le rogó, se impacientó, juró, caló sus gafas dos ó tres veces con rabia, fumó media cajilla de cigarros, y por fin, sentadas las primeras declaraciones que atestiguaban que la muchacha habia robado, y que á consecuencia de su resistencia habia resultado un hombre herido y su padre muerto, fué consignada á la prision como ladrona, escandalosa y parricida.

—Eh! parece que promete esperanzas la niña, dijo un tinterillo de chaqueta de indiana, pantalon azul muy ancho y fisonomía picaresca y maligna.

—La muchacha tiene buenos bigotes, y apuesto mis dos orejas á que pronto saldrá libre, por mas delitos que tenga. ¿Te acuerdas de muchos casos semejantes. ....

—Parece muy romántica; y como habrá leído los Misterios de Paris, se figurará ser Flor de María. ¿Cuántas Flor de María has visto por esos barrios, camarada?

—Ja, ja!.... ya se le quitará el romanticismo con la compañía de las presas; y en cuanto esté un poco mas alegrilla, indagaremos cómo va la causa, para que nos toque algo....

—Vaya, Benito, parece que tienes tu plan.... Hablamos claro.

Los dos interlocutores se aproximaron; y Benito, que era uno de los tinterillos, le respondió:

—Bribon! ¿y tú no tienes plan ninguno?

—Yo!....

—Tú....

—Acaso.... Pero no hablo como....

—Muy bien, así me gusta; pero ¿quién va primero?

—Supongo que el escribano y el juez, y.... respondió Benito maliciosamente.

—Un demonio para ellos.... entonces nosotros somos mano. Ya sabes, que como estoy al alcance de todo lo que pasa aquí, los porteros, la presidenta y todos me consideran, porque temen que descubra sus podridas; así, yo puedo entrar á la hora que quiera á la prision de las mujeres.

—Perfectamente; pero si yo te descubro, los demas te quitarán, por celos, los cuatro reales diarios y tus buscas....

—Dices bien, contestó reflexionando Zizaña, que este era el nombre del tinterillo que hablaba con Benito; y por esa causa quiero que nos entendamos....

—Pero cómo ha de ser?

—Echaremos una *porra*.

—Convenido.

Se acercaron á una mesa, y uno de ellos pintó dos líneas en un papel, y en el extremo de una de ellas pintó una bolita, y haciéndolo mil dobleces, presentó al otro las puntitas de las líneas.

—Escoge, le dijo.

—La izquierda, dijo Benito, rayando con una pluma la línea.

—Perdiste! exclamó Zizaña con alegría.

—Bah! ¿y qué me importa? al fin, mas tarde ó mas temprano....

—Muy bien, muy bien, volvió á exclamar Zizaña, sonando las palmas de las manos.

—Y cuándo? preguntó Benito.

—Mañana ó pasado mañana, será necesario que, por providencia precautoria, se la ponga en un se-paro....

Como se deja entender, estos dos hombres jugaban, segun el lenguaje de los covachuelistas, en una *porra*, el amor de una presa.

Celeste, como hemos dicho, fué introducida en la prision: aquellas puertas sucias y toscas, con gruesas aldabas, se cerraron tras ella, y se encontró aislada entre gentes desconocidas, entre seres envilecidos. No sé qué sentimiento profundamente doloroso se apodera del corazon, cuando ya la desgracia ha llegado á su colmo; cuando se han agotado los padecimientos; cuando se ha perdido casi toda esperanza: el abandono y

el aislamiento se hacen entonces sentir en toda su triste extension, y necesita el alma alguna cosa superior que la sostenga y fortifique, como el náufrago cuando piensa en apoderarse de la débil tabla que lo ha de salvar; como el viajero á quien abandonan las fuerzas al llegar á la *oasis*; como el caminante que busca una débil rama antes de caer al precipicio. Perder la libertad, perder el honor en una prision, es mas que perder la vida; por eso, si hubiera en México hombres de un espíritu filantrópico y humano, habrian promovido antes de ahora el establecimiento de casas de detencion, administradas por una inflexible severidad, de una rígida moral, para que mientras la justicia averigua si en efecto hay ó no crimen, se guardara con una separacion debida, el respeto que se debe al infortunio, á la inocencia, ó á la virtud.

Celeste, como no tenia quien la protegiera sobre la tierra, no pudo ser colocada en uno de los lugares de distincion, que, sea dicho de paso, son unas piezas ó galerías sucias, húmedas y fétidas, donde es siempre preciso estar en union de otros criminales.

La prision se compone de un corredor angosto, de las sucias habitaciones de que se ha hablado, y de una galera con un banco de piedra al derredor, que sirve de dormitorio: en el piso bajo hay un patio con una fuente y un estanque donde se lava la ropa, una mala cocina con el techo lleno de humo y medio cayéndose, donde las presas condenadas al trabajo se emplean en moler el maíz, para hacer las tortillas, ó en cocer habas y arvejones, que son la comida ordinaria de los

presos.<sup>1</sup> En un ángulo oscuro y solitario están tres ó cuatro cuartos, que cuando se cierran sus puertas quedan en la mas completa oscuridad: el piso es de losas, lleno de agua, de insectos, de suciedad; y la atmósfera mefítica y dañada que se respira allí, podia haber servido de tormento para los reos, en los tiempos bárbaros de la Inquisicion.

La presidenta, que es una presa á quien se le abona una gratificacion cada mes, y á quien se le da autoridad para que vigile el orden de la cárcel, si es que puede haber orden en semejantes lugares, llevó á Celeste por toda la prision; y la muchacha, como si experimentase un vértigo, se dejó maquinalmente conducir, paseando sus ojos abiertos y descarriados por aquellas paredes sucias, por aquellas habitaciones inmundas, por aquellos rostros de las presas, en cuyas fisonomías burlonas y faltas de pudor, se descubria el hábito del crimen y la corrupcion que habia casi extinguido en su alma lo que se llama conciencia. Cómo Celeste, delicada, tímida é inocente, pudo resistir á estas impresiones, á estos inauditos dolores, es lo que solo puede comprender Dios, que en las ocasiones solemnes da á los pobres mortales lo que se llama fortaleza.

En la noche, Celeste fué conducida al dormitorio comun: no se atrevió ni á suplicar, ni á pronunciar

<sup>1</sup> El alimento de los presos se ha mejorado ya, no faltándoles nunca la carne; y las mujeres no se ocupan de hacer tortillas de maíz. Existe dentro de la cárcel una panadería establecida en 1869, que solo se ocupa de fabricar pan de buena calidad para los presos, sirviéndola estos, que ganan sus jornales por tal trabajo.

una palabra, y aun estaba privada de llorar, porque tenia miedo de las paredes de la prision, de las presas, y hasta de los insectos que volaban en el aire: su corazon se partia, su alma gemia de dolor, y su razon estaba próxima á extraviarse. El hambre, la fatiga y las emociones doblegaron su débil naturaleza, y cayó entre aquella multitud de mujeres, aglomeradas unas sobre otras, presa de un sopor y de un sueño febril, mucho mas agitado y doloroso que el que experimentaba cuando sufría, al lado de sus padres enfermos, los horrores de la miseria. Celeste no dormía, pero tampoco se hallaba completamente despierta: la vibracion de las campanas de los relojes de las iglesias vecinas hacia estremecer su corazon, y la respiracion fuerte y ruidosa de las presas que dormían tranquilamente, hacia erizar sus cabellos. A la vacilante y débil luz de la vela de sebo, que, colocada en un farol, alumbraba el dormitorio, veía levantarse de los bancos de piedra, y lanzarse por las paredes, gigantescos brazos armados de puñales, figuras grotescas que la amenazaban, sombras y fantasmas sangrientas, que exhalaban dolorosos quejidos: si cerraba fuertemente los ojos, las visiones se multiplicaban y aparecian mas deformes, mas amenazadoras; y Celeste entonces, encogiendo todos los miembros de su cuerpo, ahogaba entre sus labios el grito que le arrancaba el miedo. Y despues, en medio de esas visiones de horror y de duelo, que le representaba su cerebro trastornado, veía la figura pálida é interesante de Arturo: un amargo desconsuelo bañaba su alma, y un agudo dolor le punza-

ba el corazon. Era una ilusion que se le desvanecia entre las sombras de los criminales; una esperanza dulcísima, que habia venido á morir entre las rejas de una inmundada cárcel.— ¡Oh! ¡la muerte! ¡la muerte, Dios mio! es el único remedio que puedes mandarme, murmuraba Celeste en lo interior de su alma; y luego caía en un nuevo vértigo, muy parecido á las agonías de un moribundo.

El dormitorio, como se ha expresado, es un lugar sucio, mal ventilado, y cuyas paredes están cubiertas por multitud de asquerosos insectos; pero estos padecimientos físicos desaparecieron completamente ante los sufrimientos morales, de que se ha procurado dar una idea.

En cuanto brilló el primer rayo de luz, Celeste se quiso levantar, pero se encontró casi desnuda: su rebozo, sus zapatos, sus medias, su ropa interior, todo habia desaparecido: la presidenta hizo sus averiguaciones para indagar quién habia robado á la nueva presa; pero todo fué en vano. Entonces, movida á compasion, le prestó unos harapos, con los cuales pudo cubrir su desnudez, y se sentó, confusa y anonadada, en un rincon del dormitorio: allí formó una resolucion desesperada, y fué, no solo la de confesar el delito que se le imputaba, sino agregar otros mayores, para lograr con esto el que se la condenase á muerte. Llegada la hora en que se la llevó delante del juez, se afirmó mas y mas en esta loca idea, y con una completa serenidad confesó cuanto quisieron que confesara: Benito y Zizaña estaban ¡locos de contento, de que hubiese

materia para determinar que se la pusiese en un separo.

—Qué les parece á vdes., qué alhaja tenemos en la Celeste, caballeros? dijo el escribano quitándose los anteojos, y cuando, despues de que retiraron á la muchacha, acabó de escribir la última foja de un pliego de papel sellado.

—Cómo? explíquese vd., preguntó Zizaña.

—Quién diría que con su carita de virgen habia de tener esta mujer una alma de Lucifer? ¿No han oído vdes?

—Apenas hemos escuchado, dijo Benito con indiferencia....

—Pues, señores, continuó el escribano flemáticamente; esta perlita, que no cumple los diez y ocho, es ladrona, infanticida, parricida; qué sé yo cuántas cosas mas.... Lástima da, en efecto; pero es menester ponerla en un separo, porque es de temer que contagie á otras cuyos crímenes no son tan grandes.

Benito y Zizaña cambiaron una mirada de inteligencia y de satisfacion.

## XX

## El Tinterillo.

Como los trámites judiciales son entre nosotros tan lentos, y ya sea para absolver al inocente, ó para castigar al reo, pasan dias, semanas, meses y hasta años, á no ser que en estos asuntos intervenga el dinero, el influjo ú otra clase de interes, como el que tenian, por ejemplo, los tinterillos Benito y Zizaña; pasaron quince dias sin que nada se determinara respecto de Celeste. Durante ellos, la vida de Celeste, como puede bien concebirse, pasó lenta y horrible en la prision; y si bien se le mitigaron los terrores pánicos que al principio experimentó; los pésimos alimentos, la desnudez, lo mal sano del local, y mas que todo, la amistad, por decirlo así, que habian concebido por ella algunas presas, la tenian en un estado continuo de tortura, que en su interior ofrecia á Dios, esperando que

muy pronto una sentencia de muerte concluiría con estas penas: si Celeste no hubiera tenido esta esperanza, habría sin duda perdido el juicio. La ocurrencia de la muerte del alcalde de barrio, que, según recordará el lector, fué asesinado por el supuesto platero que reconoció el fistol, fué una circunstancia que agravó mas la causa, y que dió lugar á que se la condujera otra vez ante el tribunal para hacerle este nuevo cargo.

Hemos dicho que Celeste, ignorando que la justicia de México deja envejecer á los reos en las cárceles, principalmente si son del sexo femenino, habia confesado crímenes que no habia cometido; mas cuando realmente se la acusó como cómplice ó instigadora de un asesinato, negó con dignidad toda participacion en este delito, y suplicó con la mayor inocencia al juez y al escribano que la condenaran á muerte, pues le parecían bastantes los delitos que habia oofesado. Estos sonrieron, é inclinados como somos todos los hombres, á juzgar favorablemente á las mujeres hermosas, pensaron en su interior, que acaso podia esta muchacha tener menos delitos; pero como las declaraciones estaban todas conformes, y condenaban terminantemente á la muchacha, y las sospechas eran fundadas, puesto que el alcalde de barrio fué asesinado la noche del dia en que ejecutó la prision de Celeste, no habia medio de salvarla. Así, la compasion de los encargados de la justicia fué pasajera, y quedó acordado que Celeste ocuparía un separo, al menos mientras se esclarecia algo mas este último punto: desde esa misma tarde se confinó á Celeste al separo. Ya hemos dicho

lo que es un separo; una bartolina infernal, llena de humedad, y con el techo tan bajo, que casi es imposible la respiracion: la presidenta, acostumbrada á estas escenas y á la vista de tales lugares, llevó á la muchacha, y cerrando la puerta con una gruesa llave, se retiró con la mayor frialdad: Celeste no opuso resistencia, y en el momento en que cerrada la puerta, quedó en una completa oscuridad, buscó á tientas un rincon, se sentó en las losas frias, y dió rienda suelta al llanto, que por tanto tiempo habia reprimido en su corazon. Tenia que llorar á su padre muerto, á su madre moribunda, á su ideal amante perdido, á su libertad, á su honor manchado: muchas lágrimas necesitaba por cierto para tanto dolor. No oia en aquel calabozo las horas; y á haberlas contado por sus martirios, las hubiera calculado como siglos; pero era sin duda una hora avanzada de la noche, cuando todavía lloraba: el frio de las losas habia entumecido sus miembros, y sentia que mientras sus rodillas estaban como la nieve, su cabeza ardia como un volcán.

Un ruido lejano que se escuchó en medio de aquel silencio profundo, la hizo estremecer; el ruido se aproximó mas, y sintió clara y distintamente los pasos de un hombre: á poco una llave dió vuelta en la cerradura, y la puerta del calabozo se abrió poco á poco: Celeste, sobrecogida, se refugió al rincon.

—Yo soy, muchacha, dijo una voz agria, pero que procuraba dulcificar el que la proferia; yo soy, no te asustes.

Zizaña, que no era otro el que entraba al calabozo

de Celeste, encendió un cerillo, que pegó en la pared, y de puntillas, con la respiración trabajosa, los ojos ardiendo en deseos, con la boca entreabierta, y con los brazos en actitud de obrar, se acercó al rincón, donde hecha un bulto informe y con todo el terror retratado en el rostro, permanecía Celeste.

—No hay que asustarse, muchacha, dijo Zizaña; vengo solo á hablarte de tus asuntos: tu causa está mala, y vas á ser sentenciada á muerte.

—Ah! Estoy sentenciada á muerte! exclamó Celeste sonando las palmas de las manos.

Zizaña, que aguardaba que esta noticia haría una profunda impresion en la muchacha, retrocedió asombrado.

—Conque no te da cuidado esta noticia?

—Sentenciada á muerte! repetía Celeste con una alegría que á cualquiera otro que no hubiera sido el endurecido tinterillo, le habria desgarrado el corazón.

—Sí, sentenciada á muerte, dijo Zizaña con flema y acercándose siempre poco á poco á Celeste.

—Y cuándo? preguntó esta.

—Cuándo?... Muy pronto. Pero mira, muchacha, te explicaré, y verás como no es muy agradable morir.

Celeste reconcentró su atencion, y Zizaña, con una sonrisa sarcástica, prosiguió:

—Pues en primer lugar, se te pone en capilla: tres dias se te da de comer muy bien; porque, hija mia, á los reos se les engorda como á los cochinos, antes de matarlos. En los tres dias, la capilla está llena de padres camilos, vestidos de negro, con una cruz roja, de

hermanos de cofradías, y de otras gentes que tienen por oficio hacer esta caridad á los reos de muerte.

Celeste permanecía inmóvil, y Zizaña comenzó á comprender que podia sacar buen partido de la charla, y prosiguió:

—Los padres te atormentan los tres dias, pintándote los martirios horrendos del infierno, adonde los que han derramado sangre, y han robado como tú....

—Celeste alzó los ojos al cielo, y despues, bajándolos, continuó escuchando:

—Padecen, continuó Zizaña, el fuego eterno, y los diablos les dan á beber plomo y azufre ardiendo. Concluidos los tres dias, te sacan de la cárcel, y con un grande aparato y pompa te llevan por las calles; y las señoritas, adornadas como si fueran al teatro ó al baile, se asoman á los balcones, y ven el color de tu cutis y el de tu cabello, y examinan tus facciones, y si te compadecen, se consuelan pronto con sus amantes, que detrás de ellas murmuran en sus oidos palabras de amor y de ternura....

Celeste se estremeció, porque pensaba que tal vez Arturo la veria pasar para el suplicio.

—Bueno! dijo para sus adentros Zizaña, la comedia ha surtido su efecto, y la muchacha será mia.

Despues de una ligera pausa, que hizo de intento, para que filtraran sus palabras en el corazón de la muchacha, continuó:

—En medio de fruterías y vendedores de bizcochos, cercada de soldados y padres, llegas al cadalso; y allí el verdugo corta tus cabellos, te sienta en un palo, y

despues aplica una mascada con una bola de fierro á tu cuello, y da vueltas..... da vueltas..... da vueltas.... hasta que te ahoga.....

Celeste llevó maquinalmente su mano al cuello, y Zizaña se tapó la boca para no soltar la carcajada.

—Conque quieres ser libre, muchacha? quieres dormirte en mis brazos amorosos, en vez de caer en las manos del verdugo? dijo Zizaña aproximándose mas á la jóven.

Celeste se levantó de la postura encogida y sumisa en que estaba, enhiesta, orgullosa, altiva como una reina; echó una mirada de desprecio sobre el tinterillo: su tez pálida y trasparente, en que resaltaban sus rasgados y dolientes ojos, su cabello que en desórden caía sobre sus hombros blancos, le daban el atractivo de una Magdalena de Corregio.

Zizaña, exaltado, se arrojó á estrecharla en sus brazos; pero Celeste lo empujó fuertemente, y con voz llena de una virtuosa altivez, le dijo:

—Fuera! fuera del calabozo de la presa y de la ladrona! no quiero piedad ni compasion de los hombres; quiero la vergonzosa muerte que se me aguarda, y nada mas.

—Hola! hola! dijo en voz baja Zizaña, pues que no ha surtido la comedia el efecto que yo me esperaba, apelemos á quien todo lo puede, y sacando del bolsillo algunas monedas de oro y plata, las presentó á la vista de Celeste, sonándolas con regocijo.

—No creas que yo trato de darme por bien servido, muchacha, que además de sacarte de esta prision,

te daré dinero para que compres bonitos trages y calzados de raso, para que no tengas tus piés, tan chiquitos y tan blancos, en las losas frias.

Celeste se sonrió con desprecio.

—Hola! volvió á decir Zizaña en voz baja; puesto que no valen ni la comedia ni el interes, apelaremos á la tragedia.

—Muy bien, infame! gritó fingiendo una rabia concentrada, y sacando un puñal; una vez que no vale el buen modo, te voy á hacer mil pedazos, si no consientes en obedecerme.

—Celeste sonrió amargamente, y sin dar muestra de miedo, sonaba las manos y exclamaba: ¡Sentenciada á muerte! ¡Sentenciada á muerte!

—Esta mujer está loca, dijo el tinterillo; probemos el último medio, porque ya es demasiado tarde, y si algunas presas están despiertas, y principalmente esa furia de Macaria, me meterá en mil enredos y chismes, y en estas cosas lo que vale es la prudencia y el secreto.

—Eh, infeliz! dijo con tono alto Zizaña, vas á morir; y á este tiempo alzó el puñal para herir á Celeste; pero esta, lejos de atemorizarse, no hizo el mas leve movimiento, y mirando fijamente á Zizaña, sonrió de nuevo y exclamó: ¡Condenada á muerte! ¡Condenada á muerte!

—Miserable loca! dijo Zizaña; será capaz, si me descuido, de estrellarme la cabeza contra una de estas paredes. Mañana tentaremos otros medios, y ya traeré unos mecatitos con que atarle las manos, y una mordaza para que no grite.

Fortificado con tan virtuosa resolucion, guardó su puñal, y sus monedas, y recogió su cerillo, y con mucha calma dió la vuelta y cerró la puerta.

Apenas se hubo alejado, cuando Celeste hallándose de nuevo en una densa oscuridad, llevó las manos á sus ojos, separó su cabello de su rostro, y exclamó: —¡Dios mio! ¡Dios mio! mi corazon se pierde, se extravía: y luego, viniéndole las lágrimas á los ojos, dijo: Gracias, gracias Señor, porque aun me das lágrimas.

Al dia siguiente, cuando le llevaron un plato de arvejonos duros, la encontraron en la posicion en que cayó en las frias losas cuando se retiró Zizaña.

La presidenta, movida á compasion, y contra las recomendaciones que los esbirros, secuaces de Zizaña, le habian hecho, la sacó un momento al sol; y entonces Celeste se aventuró tímidamente á contar á la presidenta la escena de la noche anterior; pero esta la tuvo por una mentira, ó por un delirio de su fantasia.

—Cuando te vayas acostumbrando á esta casa, le dijo, ya se te quitarán esos escrúpulos.

Celeste se calló la boca; pero Macaria, que escuchó la conversacion, le dió un suave tironcito de la ropa, le deslizó un pequeño puñal en la mano, y le hizo una seña de inteligencia: Celeste comprendió instintivamente, que era un auxilio que le venia del cielo.

Macaria era una mujer de mas de treinta años de edad, baja de cuerpo, de grueso cuello y anchas espaldas, labios abultados, carrillos encarnados, nariz chata y arremangada, cejas juntas y pobladas, y ojos

pequeños, verdosos y hundidos: tenia, en fin, la mayor parte de las facciones que, segun Lavater, constituyen una fisonomía inclinada al crimen. Hacia cuatro años que estaba en la cárcel, y habia sido sentenciada á diez años de prision, por haber asesinado á su querido por causa de celos: esta mujer tenia un afecto muy vivo á Celeste; y mas de una vez habia evitado que se la hicieran los daños y maldades que acostumbra en la cárcel con las presas que entran por primera vez. La presidenta condujo á Celeste al separo, y Macaria las siguió de lejos, no omitiendo hacer de nuevo á la muchacha una seña de inteligencia.

En la noche, Zizaña aguardó á que, como la anterior, todo estuviera en un profundo silencio, y se introdujo en la prision, provisto de varios útiles que juzgaba indispensables para dar cima á su diabólico proyecto. Atravesó de puntillas y con precaucion el corredor; bajó la escalera, y se puso á observar con cuidado; mas notando que estaba en el mas profundo silencio, siguió su camino, hasta que á tientas dió con la puerta del calabozo de Celeste: metió la llave en la cerradura, y preparaba ya su cerillo, cuando se sintió asido del cuello por una mano robusta que lo oprimia, como si fuera la mascada que oprime el cuello de un ajusticiado. Zizaña quiso gritar, pero la voz espiró al salir de sus labios: entonces metió mano al bolsillo, en busca de su puñal; pero la persona que lo tenia asido, registrándolo violentamente, le arrancó de la bolsa el puñal, las cuerdas y un pomito que contenia un licor narcótico, que era tambien uno de los elementos con

que el tinterillo contaba para alcanzar una completa victoria, y todo lo arrojó al suelo.

—Me asesinan! auxiliiii..... murmuró Zizaña.

—Chist, pícaro! dijo la persona que lo tenia asido, apretando mas fuertemente su cuello.

—Macari!.....

—Sí, Macaria..... yo soy. ¿Te acuerdas que cuando, hace cuatro años, me trajeron á esta maldita cárcel, tambien viniste, como ahora á mi calabozo, á prometerme libertad, dinero y todo lo que yo quisiera?... y lo que me han dado tú y los infames ladrones y pillos, que dizque hacen justicia, son diez años de encierro y de tormentos, que los pagarán en el infierno, porque si yo maté á mi amante, fué porque me engañó, porque..... pero en fin.....

Zizaña, que sentia que Macaria lo ahogaba, no atendia por supuesto á este razonamiento, que era dicho con una voz llena de rabia y de ira, y apelando á la defensa instintiva y natural, asió tambien del cuello á la presa, y entonces se trabó una lucha horrible en la oscuridad, oyéndose solo por intervalos palabras confusas y cortadas, y de vez en cuando un ronco estertor, que demostraba bien los esfuerzos que ambos hacian por ahogarse. Macaria, como hemos dicho, era fuerte y de contestura atlética; así es que, á pesar de la debilidad comun á su sexo, logró echar á su adversario por tierra: Zizaña dió un quejido, é imploró la piedad de la presa, que habia apoyado la punta fria de su puñal en el corazon del tinterillo.

—Muy bien, infame, lépero, le dijo Macaria; te per-

dono la vida, pero á condicion de que jamas vuelvas á intentar nada contra esta pobre muchacha; y si influyes en que se agrave la sentencia, este puñal será para tí.

Zizaña lanzó otro quejido; y Macaria, que solo le habia por diversion introducido media línea del puñal en el pecho, soltó una carcajada, y dejándolo levantar, le dijo:—Fuera, cobarde, fuera de aquí!

Zizaña no se hizo repetir dos veces la orden, y levantándose, se deslizó por entre aquellos oscuros y lóbregos callejones, subió la escalera y salió de la prision, dándose por muy feliz con haberse libertado de las garras de Macaria, la cual, por su parte, se dirigió al dormitorio, sonriendo del susto que habia dado al cobarde que hacia cuatro años la habia engañado con falsas promesas. Celeste, llena de terror, escuchó las voces, los quejidos, las pisadas, sin comprender lo que pasaba: á poco los pasos se alejaron, y todo volvió á quedar en el mas profundo silencio.

## XXI

## El Hombre Angel.

Celeste sufría sus martirios con la resignación de una santa; y en dos cosas esperaba confiada, ó en el auxilio que pudiera prestarle el sacerdote que la defendió de la brutalidad de los soldados en el día de su prisión, ó, en el último caso, en una sentencia de muerte. En cuanto al tinterillo, asustado por Macaria, por una parte, y temiendo por otra, ser descubierto y arrojado del destino que ocupaba en la cárcel, dejó para más tarde el llevar á cabo su intento, pues era hombre que solo se aventuraba en una empresa, cuando estaba seguro de la impunidad; así, por este lado, Celeste estuvo tranquila algunos días, pues Macaria le contó lo acaecido, y le prometió castigar fuertemente, con un par de cortadas, al seductor, si se atrevía en lo de adelante á perseguirla. La presidenta, por su parte, no se mostraba cruel con ella; y la sacaba cuoti-

dianamente al sol, y muchas ocasiones le participaba de su comida.

Un día Macaria se acercó á Celeste, y abrazándola por la cintura, con la tosca serenidad con que demuestra su cariño la gente del pueblo, le dijo:

—Celeste, tengo que darte una buena noticia.

—Cuál es? preguntó Celeste.

—Que no te condenarán á muerte, porque á las mujeres nunca nos ahorcan en México.

—Que no me condenarán á muerte? volvió á preguntar la muchacha, con muestras de profundo sentimiento.

—Cabal que no, repuso Macaria con alegría; y si lo hubieran hecho, merecían esos verdugos que los quemaran. ¿Por qué á mí, que tengo mas delitos que tú, no me han ahorcado? Pues si á tí te ahorcaran, la ley no sería *pareja*.

—Es decir, preguntó con temor Celeste, que saldré pronto de la cárcel?

—Sí, pronto, contestó Macaria..... de aquí á diez años.

Celeste escuchó aterrada esta noticia, pues una de sus esperanzas, que era la muerte, acababa de desvanecerse; pero le quedaba aún la del auxilio del clérigo: si esta esperanza se desvanecía también, no tenía ya delante de sí mas que diez años de infierno en esta vida. Correspondió con algun cariño á las rudas demostraciones de amor que la hacia Macaria; y se retiraba ya en silencio, cuando Macaria la llamó.

—Quieres salir en libertad, Celeste? le dijo.

Esta le dió á entender con los ojos, que sí.

—Pues bien; yo tengo señores de mucho empeño que te sacarán libre; pero es menester que condesciendas en verlos y en rogarles que se interesen por tí: te aseguro que no te engañarán, como á mí ese infame de Zizaña.

Celeste, con la cabeza, hizo una seña negativa, y se retiró con las manos en los ojos. Una desesperacion sombría se apoderó de la muchacha: cesó de rezar á la Virgen y de pedir á Dios; y al ver el puñal que le habia dado Macaria, algunas ideas de suicidio pasaban por su cerebro. Los padecimientos físicos habian alterado notablemente su salud: sus pequeños piés estaban hinchados por la humedad del separo; las formas de su cuerpo habian perdido su redondez; su rostro estaba amarillento y trasparente; su frente llena de manchás; sus ojos apagados y sin mas brillo que el de algunas lágrimas fugitivas que rodaban por sus mejillas descarnadas, y sus labios y uñas eran ya de un color amoratado; en una palabra, Celeste se habia envejecido como si hubiera estado veinte años en la cárcel. Obligada á tomar alimentos groseros y dañinos, á dormir en la humedad del separo, ó á respirar la atmósfera mefítica del dormitorio comun, toda su hermosura se habia marchitado. Celeste resolvió aguardar ocho dias mas, al cabo de los cuales, si el padre no se presentaba, el puñal de Macaria haria su oficio, pues estaba resuelta á abrir con él las venas de sus brazos, y á dejarse morir en el separo.

Desde el momento en que comenzaron á correr los

ocho dias, Celeste apareció á los ojos de todas las presas mucho mas tranquila que antes; tanto, que la presidenta, riéndose le dijo: que le aconsejaba que siguiera así, pues era el modo de que viviera feliz los diez ó doce años de cárcel á que la condenarian: Celeste le aseguró que ya se iba acostumbrando, y rió como una loca, pues en verdad su razon no estaba muy sana.

El octavo dia, señalado en su interior para su muerte, rogó á la presidenta que la pusiera en el separo: la presidenta, asombrada de tal peticion, le hizo mil objeciones; pero ella le contestó que preferia estar sola, pues el ruido y los insectos del dormitorio no la dejaban reposar. La presidenta accedió por fin, y Celeste se retiró al separo; y allí, en aquel silencio y en aquella oscuridad, vinieron en tropel á presentarse á su imaginacion todas sus desgracias. ¡Diez años de cárcel! ¡Diez años! Esta idea le parecia inconcebible. ¡Permanecer diez años en la cárcel sin respirar el aire libre, sin ser amada de nadie, olvidada en el fondo de una pocilga, y condenada á oír el lenguaje indecente de las presas, y á soportar sus enojos y sus caricias! —¡Pobre huérfana! ¡Tener que vivir diez años, sin mas familia que un crecido número de criminales! ¡Oh! . . . Celeste retorcia sus manos, y cuando sus labios querian pronunciar una oracion, los cerraba porque le parecia que Dios la habia olvidado y que sus miradas no podian penetrar hasta aquella mansion inmunda. Entonces fué cuando sus recuerdos de niña volvieron á presentarse á su mente, vivos, ardientes y punzantes, como si fueran espinas que traspasaban su corazon.

Celeste tomó el puñal, y se regocijó tocando con sus dedos suaves la hoja helada: despues aplicó la punta á la vena de su brazo; pero antes de herirse, quedó un momento con la respiracion suspensa, con los ojos fijos, con la boca entreabierta, con las facultades, en fin, embargadas, como es natural, cuando multitud de reflexiones graves y terribles se agolpan en la mente: despues arrojó el puñal al suelo, y cayendo de rodillas, exclamó con una voz dolorosa:

—Oh, Dios mio! Nunca, nunca lo haré. Celeste tenia miedo.

Era la tarde: por la estrecha abertura de la puerta del calabozo apenas se percibia una línea blanquecina, cuya escasísima claridad se desvanecia entre las sombras. Cuando Celeste acallaba un momento la congojosa respiracion de su pecho, un insecto zumbando, volaba por el calabozo, y solo este ruido pavoroso turbaba el silencio: diríase que era una tumba adonde solo llegaban lejanos y cansados los ecos del mundo.

Celeste tenia miedo; pero el demonio del suicidio queria ganar su alma, y le repetia incesantemente estas palabras: ¡Diez años de cárcel! ¡Diez años de cárcel! Entonces Celeste se arrastró por el calabozo, buscando á tientas el puñal; pero á este tiempo escuchó el ruido de unas pisadas; y creyendo que fuese el infame tinterillo, buscó el puñal con mas empeño, hasta encontrarlo: entonces se puso en pié en la puerta determinada á morir mártir, pero no deshonorada. La puerta del calabozo se abrió, y en vez del seductor apareció la figura bella y santa del clérigo. Era como

de treinta años; de tez muy blanca, grandes ojos negros, llenos de dulzura y de melancolía: de sus labios frescos, un poco entreabiertos, manaba una sonrisa de bondad: era alto, bien proporcionado de miembros, y el traje negro de seda que caía hasta sus piés, le daba el aspecto religioso de una de esas obras maestras de escultura que suelen verse en los altares de los templos. Celeste, habituada á la oscuridad, pudo notar bien la fisonomía del sacerdote, y reconocerlo; pero este solo distinguia un bulto, una sombra, que inmóvil estaba en la puerta de esa tumba.

Al cabo de algun rato de silencio, pues Celeste no podia pronunciar una palabra, y el eclesiástico, conmovido, tampoco hallaba por donde comenzar, el carcelero que habia servido de guia, dijo con respeto:

—Es esta la mujer á quien deseaba vd. hablarle, señor?

El padre se acercó al oido del carcelero, le dijo algunas palabras, y este se retiró inmediatamente, apartando tambien á varias presas que por curiosidad se habian acercado. Celeste y el clérigo quedaron solos. Acostumbrada mas la vista del padre á la oscuridad, y abierta totalmente la puerta, pudo notar las paredes carcomidas y llenas de agujeros, el suelo húmedo, la atmósfera mortal del separo; y con voz pausada y aparente calma, preguntó á Celeste:

—Aquí has estado, hija mia?

—Aquí, señor, respondió Celeste.

—Muchos dias?

—Años, segun creo.

—Pobre muchacha! murmuró el padre, y luego dirigiéndose á Celeste, continuó: habrás perdido acaso la memoria: ¿me conoces?

—Al momento os conocí: vos contuvisteis á los soldados que me daban de golpes, ¿no es verdad?

—Es verdad; pero entonces recordarás que no hace años, sino dias, los que has pasado en la cárcel.

—Ah, sí, dias; pero cada dia es un año, un siglo para mí, señor.

—Recuerdas que te prometí venir á verte?

—Sí, señor.

—Me aguardabas?

—Sí señor, hasta hoy.

—Cómo?

—Mañana acaso habria sido tarde.

—Por qué, hija mia?

—Porque mi desgracia quiere que no me hayan condenado á muerte, que era mi sola esperanza, y me dicen que estoy condenada á diez años de cárcel. ¡Diez años de cárcel! ¿No os parece, señor, que diez años de cárcel, serán diez años de lágrimas, diez años de martirios, diez años de desesperacion? Oh! prosiguió sollozando; no soy tan pecadora, para que Dios me abandone y me castigue con tanto rigor.

—Y querias fugarte acaso?

—No, fugarme no; pero...

—Celeste enseñó el puñal al padre.

—Con razon, dijo el padre en voz baja, tenia yo una inquietud mortal: si hubiera dilatado un dia mas, habria ganado Satanás una alma, y el cielo perdido

un ángel. Luego, dirigiéndose á Celeste, le tomó la mano, y con una voz llena de dulzura le dijo:

—Pero, hija mia, tú has desconfiado de la misericordia de Dios. ¿No sabias que yo te habia prometido venir á consolarte al menos?

—He sufrido y sufro tanto, que me creia olvidada de Dios.

—Eres muy desgraciada en efecto: la noche del dia en que te pusieron presa, caí enfermo, y una calentura me ha tenido clavado en el lecho; pero he pensado en tu suerte continuamente, hija mia, y he venido á tiempo, ¿no es verdad? ¿Crees ahora en la misericordia y en el auxilio de Dios?

—Oh! sí, sí, exclamó Celeste, bañando con su llanto las manos del padre.

—Ven, ven, hija mia: este calabozo está muy lóbrego, y los hombres son en efecto muy crueles.

El padre llevó á Celeste al cuarto de la presidenta, y ordenó que los dejaran solos: el clérigo la miraba con atencion, y apenas podia creer que fuese la misma muchacha que pocos dias antes habia visto; tanto así habia cambiado.

—Ahora, Celeste, desahoga tu corazon conmigo, le dijo el padre, haciéndola sentar en una silla, y tomando él otra: si has cometido faltas, soy el representante de Dios en la tierra, y te las perdonaré todas; pero ofrece, hija mia, estos sufrimientos á Dios: la desconfianza y la desesperacion serian un nuevo crimen, que te cerraria las puertas del Paraiso, despues de todo lo que has sufrido en la tierra. Este mundo no es mas

que un valle de lágrimas, donde solo se cosechan penas, que, si las sufrimos con resignacion, son el tesoro que ponemos en el cielo, para el fin de nuestra vida.

Las palabras dulces y religiosas del clérigo producian una viva impresion en el alma de Celeste, quien recordaba á Arturo involuntariamente, porque en su ignorada vida de dolores y de infortunios, solo dos hombres habian comprendido sus penas, y habládole un lenguaje, que, como un bálsamo, bañaba las heridas de su alma.

—Así, hija mia, así, dijo el clérigo, mirando que las lágrimas goteaban en los pobres vestidos de la muchacha: nos es permitido llorar, pero no entregarnos á la desesperacion.

—Ah! dijo Celeste interrumpiendo sus palabras con los sollozos; solo vd. y el señor Arturo se han dolido de mi desgracia.

El padre se quedó un momento contemplando á Celeste, y como ocupado con un solo pensamiento, dijo en voz baja:

—Sí..... sí, son sus mismos ojos, su misma voz, su mismo semblante, extenuado y pálido! ¡Oh, qué memoria!

Celeste contuvo su llanto, y temiendo mortificar al eclesiástico, quiso sonreír.

—Como ella, como ella, tan resignada y tan buena, dijo el clérigo.

—Acaso os molestaré, dijo Celeste tímidamente; pero no lloraré ya: todo puedo hacerlo, menos olvidar á

vd. y al señor Arturo, que me han hecho tantos beneficios.

—El señor Arturo? murmuró el eclesiástico, poniéndose un dedo en la boca; ¿y quién es el señor Arturo, hija mia?

—El señor Arturo es un caballero, contestó Celeste con la mayor ingenuidad, que quiso hacerme muchos beneficios, y por cuya culpa estoy aquí.... aunque no fué esa su intencion.

—Cómo.....! explicate, repuso el clérigo, porque esto necesita explicacion; pero háblame la verdad.

—Pues la verdad, digo, contestó Celeste; si no me hubiera dado el fistol, no estaria yo aquí.

—Dices que te dió un fistol?

—Sí, señor, y que valia mucho dinero, segun creo.

—Y conocias antes á ese Arturo?

—Nunca lo habia visto, hasta un día en que estando mi padre y mi madre enfermos, salí, y....

—Y qué hiciste, criatura? interrumpió el padre alarmado.

—Pedí limosna, dijo tímidamente Celeste, cubriéndose sus mejillas de un ligero tinte nácar.

—Ah! exclamó el clérigo respirando.

—El señor me dió limosna, me siguió, entró á mi casa, vió que yo no era una engañadora, y me dejó prendido en mi rebozo un alfiler de brillantes que tenia en su camisa.

—Dices la verdad, muchacha? preguntó el clérigo mirando fijamente á Celeste.

—La verdad, como á Dios se la diria.

El clérigo vió en la dulce y franca fisonomía de la muchacha, que en efecto no mentía, y comenzó á creer en su inocencia.

—Y ese jóven, no volvió á verte? ¿no te citó para alguna conversacion? ¿no te dijo palabras de amor?

—Oh! no, no! dijo Celeste con un profundo acento de dolor.

—Pobre muchacha! murmuró el eclesiástico; y luego, dirigiéndose á Celeste, continuó:

—Y dime, ¿tenias amistad con las vecinas de tu casa?

—Ninguna, padre: permanecia sola en mi pobre cuarto, porque su trato no me agradaba. Cuando con el dinero que el señor Arturo dejó á mi padre, compré alguna ropa, una de ellas entró á indagar de dónde adquiria estas cosas, y yo no le dije la verdad, porque no me hubiera creído.

—Hé aquí la envidia y la calumnia haciendo su oficio, dijo en voz baja el padre.

—Cuando el alcalde me prendió, yo no pude decir nada, porque estaba fuera de mí.

Celeste contó al padre toda la escena de la prision, conforme la sabe el lector, y el eclesiástico, conmovido ya, tuvo que voltear la cara, y al disimulo enjugarse los ojos con su pañuelo.

—Hé aquí la justicia del mundo! exclamó, volviendo á poner su rostro sereno para disimular su emocion.

—Oh! sí, ¡mucha injusticia, señor! dijo Celeste: yo no soy ladrona: nunca, nunca, ni aun para dar la vida á mis padres, habria robado á nadie.

—Pero cómo, hija mia, siendo inocente, has confesado crímenes en tus declaraciones?

—Y qué sabe una mujer pobre, desvalida, ignorante como yo soy, para poderse defender?

—Pero si al menos hubieras dicho la verdad al juez, tu causa no estaria tan mala; pues segun me he informado antes de entrar á verte, todas las pruebas están contra tí....

—Mis martirios han sido tan crueles, que deseaba yo que se terminaran.

—Pero cómo?....

—Con la muerte.

—Oh! dijo el padre, dejando asomar á sus labios una amarga sonrisa: pobre Celeste, te figuras que morir es un asunto muy sencillo: en este país, á las mujeres muy rara vez las castigan así.

—Eso me han dicho, señor, contestó tristemente Celeste, y mi sentencia será, vivir diez años aquí, ¡aquí en este infierno!

—Pero vamos al caso: ¿Sabes dónde vive Arturo? Podré verlo; y si él declara la verdad, entonces saldrás libre.

—Libre! ¡libre! exclamó llena de alegría Celeste.

—Sí, libre, ¿y por qué no? dijo el clérigo.

—Libre!.... ¿y para qué? dijo Celeste con abatimiento.

—No te comprendo, interrumpió el padre asombrado. ¿Conque te pesaría salir en libertad, recobrar tu honor, y vivir amada de las gentes?.....

—Amada!.... No tengo quien me ame.

—Vamos, Celeste, se racional; dime dónde vive ese caballero: no puedo, ahora que casi tengo certeza de tu inocencia, conformarme con que permanezcas en esta inmunda prision en compañía de estas criminales. La mision que yo tengo en la tierra es la de socorrer á los infelices y remediar sus penas, si es posible. Dios, al predicar su divino Evangelio, nos dió el ejemplo, y por eso los sacerdotes somos sus representantes en la tierra.

Celeste alzó sus ojos, y miró al clérigo con una indefinible expresion de reconocimiento.

—Vamos, muchacha, le dijo este con dulzura; no seas caprichuda: ¿dónde vive ese señor?

—Recuerdo que en la calle de... Pero es en vano; no lo veais.

—Por qué?

—Porque le he mandado una carta que me escribió Macaria, y no me ha contestado, y ya no querrá verme mas: creerá que soy una infame ladrona.

—Es menester no desesperar del remedio, hija mia: este negocio lo tomo por mi cuenta, y desde hoy te prometo no abandonarte.

Celeste tomó las manos del padre, y las llevó á sus labios.

—Ahora, hija mia, ¿me otorgarás un favor?

—Lo que querais, señor.

—Ya te oí como un amigo; quiero escucharte ahora como un confesor. ¿Deseas tranquilizar tu conciencia?

—Con mucho gusto, señor.

Celeste se arrodilló ante el clérigo, y el amigo se convirtió en juez severo; pero tanto el amigo como el juez, ó mas claro, el caritativo eclesiástico, salieron convencidos de que los padecimientos de Celeste, eran debidos á una de tantas injusticias que se cometen en el mundo, con todas las apariencias de legalidad y de justicia; y por consiguiente, se propuso no descansar hasta conseguir la libertad de su protegida. Habia tambien un motivo secreto de simpatía que arrastraba al eclesiástico, y que mas adelante lo sabrá el lector.